Casi como la oscuridad

Cuauhtémoc Flores Ríos

Cual utopistas sin esperanza, vivimos para el final
Mark Strand, *Poesía narrativa*

I

Hay pocos carpinteros, pero mucho de lo siguiente: sombras, cruces, muerte, sol y alguna que otra risa escondida. Si supiera dibujar seguramente ganaba un premio, y si no ganaba un premio, al menos quien viera mi pintura diría «sí, esto es algo de nuestra generación, ojalá algún día alguien lo encuentre y vea cómo estábamos rodeados de muerte». No hablo en sentido figurado, hace poco traicioné a la compañía (aunque hablar de traición es algo fuerte, digamos mejor que simplemente hui) para hacerme un usurpador independiente. Busco entre todo el campo de cruces que hay a mi alrededor el gran cadáver que pueda recompensarme, aunque más que eso, ver realmente un esqueleto, ¿tendrá todavía carne? ¿Se podrá ver en los huesos rastros de su odio, de la venganza de la que nos hizo partícipes? ¿Necesitará que lo destroce más o entrar en locura y darle un beso, y después reírme? Me detengo porque se me traba la lengua con esas preguntas; antes de esto no era precisamente una persona reflexiva, pero aseguro que creatividad no me falta.

Hace mucho calor, tanta es la luz que viene del sol que hay miles de sombras extendiéndose detrás de las cruces que parece que cavan hoyos o forman gigantes. Esta es mi idea si fuera pintor: un joven de figura agotada, rodeada de alguna que otra gota de sudor, apoya la barbilla en una de las cruces de madera que hay por aquí mientras se muestran las otras miles, de distintos tamaños y materiales varios, desde cruces de alambre, cruces hechas con tiza tímidamente marcadas sobre un pedazo de tierra, cruces que parecen solo una piedra gigante, cruces con formas extrañas de artistas extraños, y muy pocas cruces de madera, porque sencillamente ya no hay suficientes carpinteros. Y finalmente un sol sin presencia pero que se siente por las sombras que adquieren diversas formas. Algo así, más o menos, me imagino. Para mí es algo que vale la pena, y me pregunto si habría que ponerme una corona de espinas en la cabeza, ya saben, por eso del simbolismo. Total, no soy ningún mesías, solo un trabajador que espera que esto sea su último trabajo, pero irse con algo de dolor debe ser parte de la rutina, como lo puede ser escuchar la carga de una bala y una nueva voz detrás de mí, o alrededor de mí.

II

—Si fueras a robarme, si fueras a irte, si fueras a arruinar mi felicidad por los momentos que te puede dar la mujer de tu prójimo, aun así, ¿seguirás leyendo mis poemas?

—Por mi estabilidad emocional, no creo que seguir leyendo malos libros pueda seguir siendo mi pasatiempo.

—Ya veo, entonces no me iré hasta que no alcance mi sangre a la tuya, en algún punto del mundo y de la historia hasta que esta deje de ser accesoria.

III

Fue mientras trabajaba como embalsamador. Me equivoqué al tener que cargar un cuerpo, este se cayó, tuve problemas para reorganizarlo y me terminaron despidiendo por entregar rompecabezas en lugar de personas. No me quedó de otra más que pasar al área de las máscaras. Nuestro eslogan es «Ningún cuerpo está perdido mientras llegue a nuestros oídos». En otras palabras, puede ser lo siguiente: Nadie está lo suficientemente destrozado como para no tener un funeral en el que se exhiba el cuerpo. Aunque al parecer sí hay que estar lo suficientemente destrozado para aceptar este trabajo, tomando en cuenta que la paga es una miseria; los directivos se justifican diciendo que podemos morir incluso después firmar el contrato o de siquiera pensar en tener trabajo, así que solo otorgan lo necesario y lo demás lo atribuyen a una «buena fe para despedirnos». El servicio es integral. Desde que fallaron los intentos por detener el fin de la especie, la industria funeraria creció. Cuando la muerte es ya lo único no queda más que celebrarla. Cuando en un principio los afectados recibieron sus noticias, fue el fin del mundo y el fin de muchos otros mundos personales, pero las funerarias siempre estaban allí. Recuerdo que de un momento a otro la muerte pasó de ser un rito triste de lágrimas igual de tristes, a un rito triste de lágrimas ahora célebres, aunque habrá quien lo vea de otra forma. El único problema es que debido a que la muerte está en el centro de las actividades humanas, a las funerarias se nos exige más; hay toda una competencia.

Hoy tendré que hacer máscaras, máscaras mortuorias. Antes era una práctica usual entre

las clases altas y entre personas extravagantes, usualmente burgueses, personas con cargo alto o artistas, según nos dijeron en las clases de capacitación. Pero al día de hoy es una práctica que podemos realizar por un costo mínimo. La novedad que tenemos frente a otras funerarias es que le podemos dar una forma más... ¿creativa? El límite es la imaginación, y como esta no tiene límites, hay veces en que la máscara es pedida bajo regímenes estrictos de civilizaciones antiguas, instrucciones de ambiciosos que buscan ganarse su lugar para futuros historiadores que vengan después de nosotros —si es que llegan a haber otros después de nosotros—. El caso es que hoy tendré que hacer una máscara mortuoria con temática de luchador, no sería tan complicado si supiera dibujar como tampoco si no me hubiese desvelado porque otra vez volví a escuchar en mi cabeza la historia de desamor del creador del fin.

IV

Nunca es tarde como para que un científico como yo se convierta en el loco cuyo vicio son los círculos, como tampoco es nunca tarde para convertirse en otro fausto aun desgastado. Nunca es tarde para la locura, nunca es tarde para cobrar venganza contra dios o la humanidad que siempre mantiene atemorizada la ciudad.

V

Fui despertado con la cara pegada al yeso y la voz de una persona que poco a poco se iba haciendo más grande «como pueden ver, no todo en el fin del mundo se tiene que pagar con dolor. Hay quienes descansan con los muertos y les cobijan la fría cara con otra tibia». «¿Díganos, joven, qué opinión tiene respecto a su trabajo? ¿Cree que haya algo simbólico en que ahora las grandes empresas no sean farmacéuticas, textiles, alimentarias o automotrices, sino funerarias?», «Eh, pues, yo...». No me dejaron terminar. Para cuando me estoy limpiando la cara y pensando mis palabras, recibo una patada que me tira al suelo. Resulta que llegaron los familiares, todos luchadores. Estaban viendo mi trabajo desde la cámara de seguridad y creyeron que estaba besando al cadáver. Con las etiquetas de

necrófilo, todo grabado, seguramente mañana sería material de risa en internet, pero por hoy quiero ser material de soledad. Trabajar en esto de las funerarias no es propiamente lo mío, pero en el fin del mundo, ¿de qué más se puede trabajar? Siguiéron más preguntas, pero por más que hubiese querido ponerme melancólico tuve que olvidarme de esos pensamientos, pues sentado en la banqueta, mientras le escribía a mi supervisor a cargo que el trabajo estaba «terminado», se me acercó la persona de la voz que me despertó.

—Buen día, no te preocupes, lo que pasó hoy no entrará en el documental. Me presento, soy M. estoy haciendo un documental sobre el fin del mundo, ya sé que los comentarios no se hacen en directo, sino que se insertan después en edición, pero por ser una época especial, estoy haciendo algo experimental, un documental participativo o documental en construcción, donde los entrevistados son elemento activo en la producción de la cinta.

—¿Mmmmhhhh y qué significa eso?

—No mucho, salvo que después habrá una documental. Es curioso, ¿no? Puede que mi primera película sea también la última. Total, estoy aquí para preguntarte si recuerdas cuál fue tu reacción cuando se nos informó que el famoso líquido derivaría en esto.

—Pues no muy bien, solo recuerdo empezar a buscar trabajo...

—Ja, ja, bueno, si llegas a tener una respuesta más larga, llámame a este número...

VI

Traicionarme fue un error del que ya no verás razón. Qué es amor sino odio enamorado, oh. Cuán triste la vida de este académico que pudo haber lo que Cristo con tanto tiempo no pudo: conciliarlos a todos. Ahora tendrán que separarse todos, y todo es tu culpa, mal amante que pensó en irse sin gajes.

VII

Sí, claro que sí lo recuerdo. Todos los recordamos, es un momento íntimo que al principio no queremos compartir con alguien más, si la pregunta viene de imprevisto o por parte de algún extraño, no

decimos nada o solo hablamos de un sentimiento rápido. Era de noche como en las películas de enamorados, con cielo estrellado y algo de frío, con la normalidad de una pequeña balacera en la otra calle, con la televisión encendida y un documental de física que hablaba sobre la oscuridad en el espacio y al que seguramente le seguiría uno sobre las máscaras de los luchadores. Con algo de sueño, mientras apago la televisión, mi celular me despierta con el mensaje de un amigo: «¿Ya viste las noticias? Parece algo de broma, como de ciencia ficción, seguramente uno de esos locos que aparecen en videos raros intervino la señal o algo así».

VIII

El líquido había sido hecho, por capricho, en vantablack, haciéndose resaltar aún más donde quiera que se vendiera. Se introducía vía oital y se empezaban con las alucinaciones. No clasificaba como droga porque no tenía una reacción de alteración grave en la salud o, mejor dicho, pensábamos que no la tenía, y quienes lo consumíamos, que al final fuimos todos, podíamos separar en dos planos la realidad.

Ya sea mientras se camina, se corre, se abraza o se duerme, bastan tres gotas del vantablack especial y llega todo el negro, con esta separación: una parte del cerebro conecta bien con la realidad, la otra, con lo demás, que se puede encontrar registrado en libros actuales como «lo entornal». Nos dijeron que no era esa cosa que llaman «metafísica», sino que el científico, antes de hacernos ir a un risco, nos dio otro plano de percepción (algo que no sé si debemos agradecer).

Sin embargo, como efecto secundario, descubierto más tarde, se incluía la llamada «muerte súbita aleatoria encadenada» y la incapacidad de reproducción —la tecnología no es tan avanzada como para permitir crecimientos artificiales, pero sí para crear algo como ese líquido—. Ninguna religión ni mitología lo predijo con precisión. El fin de la humanidad empezaba ese día, a esa hora, tres de la mañana, cuando apago mi teléfono. Así empezó el fin de la humanidad. Cuando me despierto sigue el fin. Sabemos que nos vamos a morir, sabe-

mos que es un miedo primitivo, sabemos que la espiritualidad trata de vencerla, sabemos que solo los santos se preparan para ella, sabemos que al final allí está. Los más nihilistas y pesimistas lo tomaron de la mejor manera y agradecieron a dios, se han convertido en los hombres más felices de la tierra y a veces los envidio.

Me sostengo a la idea de que esto no tiene nada de nuevo, siempre es el azar el que habla sobre el fin, solo somos nosotros los que hablamos de comienzos. Pero en un segundo o dos, o tres o cuatro mil, allí estaba. «Etapa V», como más tarde se le denominó, bien podía llegar en media hora tanto como en treinta años, pero después de nosotros, nadie.

Recuerdo a mi amigo, mi gran amigo, cuando me habló con voz entrecortada, diciendo que su novia fue la siguiente. Recuerdo no saber qué decir, que todo no tenía que pasar justo cuando al verlos empezaba a entender el concepto del amor. Nunca nos ha molestado la muerte, y cuando se es joven y sano siquiera la tomamos en serio; lo que realmente nos molesta de ella es que llegue contra nuestros planes y nuestra felicidad, que es casi siempre. Quizá me equivoque, no sé, pero creo que la vida es mejor cuando se vive de tal forma que no les da material a los escritores o a los cineastas. Que se vayan con su morbo biográfico a otra parte.

IX

Primero tu amigo, después su novia, después tus padres, después los amigos de tus padres; así vas perdiendo personas hasta que terminas de empleado común en las funerarias. Ojalá se tratara solo de un oficio extravagante.

Parte de eso fue lo que le dije a M. cuando le hablé, cuando me hice a la idea de que había que recordar y que, si su película sería tan experimental como mencionó, quizá podría servir de algo. Pensé que podría llegar con esas palabras, empiezo a marcar su número de teléfono y sus palabras iniciales fueron:

—Tú y otros diez mil tienen cosas que decir, y seguramente después de ellos otros diez mil hasta que se acabe mi capacidad en cifras —ante mi sor-

presa cambió su tono y siguió—: Es parte del oficio, de mi película, no tienes por qué seguirme el juego, recortaré algunas partes, todo sirve, incluso si solo se conserva un segundo o la milésima parte de este.

Cuando terminé de contarle mi experiencia, lo último que dije fue:

—Y tú, ¿también recuerdas cómo te sentiste?

No recuerdo alguna respuesta, salvo un silencio de tres minutos, que se rompió con él diciendo:

—No, pero sé cómo me sentiré.

X

Ya no encontraba razón para seguir en la compañía funeraria de occidente, ERGO MORTIS S. A. de R. L., delegación central de América, área 77. Cuando llegué a lo que hoy es una de las más grandes sucursales de la primera cadena funeraria de carácter mundial, pasé por una del gobierno, la cual tenía menos áreas de trabajo, pero al mismo tiempo era más fácil ingresar, después de todo se nos tomaban como «voluntariados» en lugar de trabajadores. Las áreas iban desde escribir obituarios, recolectar e identificar cadáveres, hacer estadísticas, hasta proseguir con la campaña contra el científico que nos condenó, es decir, escribir todo en contra de él, buscar sus obras y destruirlas. Todo eso se me dificultaba, así que seguí el consejo de la publicidad (a estas alturas ni buena ni mala idea), e ingresé a la famosa compañía privada de funerarias. La entrevista, si se pasaban los demás requerimientos (pruebas de fuerza de voluntad contra la idea de morir, estoicismo para recibir la noticia de la muerte de nuestros allegados y nihilismo para tener humor en estas situaciones), era sencilla y bastaba con responder una pregunta: «¿Qué esperas antes de morir?». Mi respuesta, rápida, para olvidarme de eso: «No cavar mi propio hoyo». Lo anotaron y me dieron la bienvenida. Era algo protocolario, pensé. Allí había más variedad: organización de obras de teatro para ridiculizar al científico y sus pésimos poemas que resuenan en nuestra cabeza, desfile y exhibición de máscaras mortuorias, escritores que hacían novelas por encargo para hablar sobre lo triste, trágico o alegre

que la vida del difunto haya podido haber sido —o de quien fuera a morir—. Esa división también tenía un eslogan: «Las fotografías y especialmente la pintura son cosas que se pierden y deterioran, inmortalice verdaderamente su vida con una obra literaria». También estaba el área del «éxtasis final» que ayudaba al cliente a cumplir todo lo que quisiera, incluso asesinatos (excluidos los empleados), pues el concepto empezaba a desaparecer y se consideraba «violentación del destino», creando huecos legales preocupantes, aunque por otra parte, no es que fuera muy solicitado, pues el enemigo común, el científico, ya estaba fulminado.

El último cliente al que atendí pidió «éxtasis», en el que todos los que lo acompañábamos debíamos ingresar el líquido del científico en nuestro cuerpo, y que en medio de la realidad que viéramos, rociáramos con aerosol ventablack todo lo que encontráramos a nuestro alrededor. «Algo de esto debe quedar», decía, «grabado en la mente de alguien o algo». Como no pidió un límite de extensión o de lugar, y hasta donde la cobertura del servicio alcanzaba, me dirigí rápidamente a mi sucursal de trabajo, recordando toda la historia del final hasta ese punto en que pienso renunciar.

No pretendo regresar a alguna institución funeraria del gobierno, sencillamente todos los departamentos se me dan mal y le empezaba a tener un odio gigante a la muerte y a los cadáveres, por lo que, en un ataque de recuerdo, gracias al líquido, donde escuchaba las voces de quien fuera mi amigo y su novia, diciendo que «casi como la oscuridad» era como empezaban a olvidarse y a temer. Seguramente igual al del científico loco que nos condenó, experimenté un algo que también era casi como la oscuridad. Es entonces que, justiciero de mí mismo, graffiteo en todo lo que puedo de la delegación: «ESTO APARECERÁ EN EL DOCUMENTAL DE M.», Como también me había señalado este, había un último trabajo que estuve dispuesto a hacer: en donde supuestamente estaba enterrado el cuerpo del científico —me dio las indicaciones para llegar—, diciéndome que podía obtener de él lo que fuera... lo que fuera... Me empiezo a reír, pues ¿qué podrá ser, un beso de un cráneo? Ja, ja. ¿Qué otra

cosa se puede obtener de un muerto? Pues sea lo que se pueda obtener, algo de allí debe de contener una solución a todo esto o a todo esto personal que me pasa, que es casi como la oscuridad y, al día de hoy, una sensación universal.

XI

Poco después de la noticia sobre el fin aprendí a ser carpintero. Mis trabajos no eran de los más pulidos, pero eran consistentes: al menos cruces y coronas sé hacer. Quise no tener que terminar trabajando en las funerarias, pero poco a poco moríamos o terminábamos trabajando para la muerte, por lo que ser carpintero empezaba a ser cada vez menos rentable, y finalmente llegar a las oficinas privadas o a las de gobierno es destino. Te acostumbras tanto a la muerte y a la monotonía que a los cadáveres los empiezas a tratar de marionetas, y por cadáveres me refiero a nosotros; los cuerpos fríos cuando menos se iban maquillados.

XII

Ya esta es mi última palabra, humanidad, sepan que Adrián los ha llevado hasta el final, no yo, yo no soy el villano, el villano son los otros, ya lo habían dicho. Solo, ay, soy un hombre desesperado, ¿quién no podría comprenderme?

XIII

Así era la experiencia con el líquido: Primero es el negro, después más negro, después todos nosotros, después escoges a quienes consideres, y finalmente el científico. Primero dimensionas el negro del ventablack, después aparece todo ese negro mientras estás consciente de tu entorno, sin perderte, después escuchas las voces de todos; se empiezan a formar las imágenes, después escoges a quién escuchar, los otros ni se enteran, así que tienes al lado un pecho palpitando o una mente que observar. «voyerismo espiritual», «acoso animista», «psique atacada», «pasatiempo vulgar metafísico», etcétera. Los nombres no se hicieron esperar. Si se usaba o no con fines maliciosos queda fuera de mi alcance. Había optimistas que lo consideraban lo más cercano a una simpatía universal. Yo lo había

usado para escuchar mejor a mi amigo, que había bajado la cabeza sin saber expresar un dolor común de amor que continuaría con otra historia hasta que por fin pude acercarme a entender eso del concepto del amor, que volvió a perderse cuando él y ella se fueron. Finalmente, ya no escuchas nada, nada, tampoco a ti, pero sí al científico y su novela de desamor. Algo soportable si cuando menos hubiese sido buen narrador, pero el tipo lo que tenía de genio químico lo tenía de pésimo literato.

—Concuerdo. Fue pésimo poeta. Lo peor de todo es que estaba convencido de que no lo era y gastaba todo su dinero en imprimir sus obras en ediciones de lujo. Hoy la humanidad decidió quemarlas todas como nuestra muestra de odio —escuché decir a M.—. Él líquido se prohibió, claro está, pero todavía hay quienes lo consumimos por gusto, por eso pude saber cuándo vendrías. Te tengo una última pregunta. Si no hubieses sido carpintero o embalsamador, ¿qué te gustaría ser?

—Pintor —respondo, ya sin importarme todo ese apartado extravagante del documental experimental—.

—¿Sabes? Con todo esto de escuchar gente me di cuenta de que secretamente todos aspiran a ser poetas.

Lo último que veo es un arma y un sol que, me corrijo, sí saldría en mi pintura con toda su presencia.

XIV

Adiós, adiós a esta vida que me dejó sin idas. No con mi líquido, sino con la punta de un ceñido balazo con que adelgazo todo pensamiento que me haga recordar cualquier lamento. No hombre malo, sino como triste salvador espero me lleguen a comprender los que conozcan algo parecido a mi ardor.

XV

«Yo no miento, no me atrevería a hacerlo en una situación tan delicada como la nuestra. A todos los que conozco les digo dónde están los restos, pero nadie me creía, y en caso de que fuera verdad, me decían, ‘ya está podrido, ¿qué podríamos robarle?, ¿un beso?’ Y se reían. Lo cual no hubiese estado mal. Hay quienes no quieren escribir historias y

procuran tener una vida que puede ser una buena historia. Yo, en cambio, quise hacer mi versión de un famoso cuento de aventuras y fantasía, con eso de indicar un tesoro enterrado hasta que por fin alguien decidió participar. Me complazco con el primero, no quiero ser tan exagerado y hacer una pila de elegidos para desenterrar el tesoro. Para quienes vean mi película en el futuro, ¿se sorprenderían si les dijera que soy el hijo del amante, el villano, de la historia del científico? Sé que es deshonesto de mi parte no haberme presentado así desde el principio pero, si sirve de algo, puedo comprobarlo. Tan solo saber dónde están los restos del responsable es evidencia, lo sé porque mi padre, arrepentido, iba a una cruz muy mal hecha, de madera, a llorar de vez en cuando. ¿Qué pasa cuando todos pueden ver, o para el caso, escuchar, lo triste que fue tu vida? Las historias no solo se escriben o se viven, también se escuchan, también se participa en ellas. El caso es que la historia del científico es realmente trágica, con toda la penuria y la oscuridad que trae la separación de los amantes y la confusión de sentimientos o la aceptación social. Pensaba que, si sus habilidades eran limitadas, no había mejor venganza hacia Adrián, mi padre, que vengarse a través del exterminio de toda la humanidad, ambición tan grande como la oscuridad en el espacio. Quisiera odiarlo profundamente por eso, pero cuando uno conoce el dolor del corazón, quiere que todos sientan esa oscuridad.

»Fue un famoso poeta español quien preguntó «¿Si la muerte es la muerte, qué será de los poetas y de las cosas dormidas que ya nadie las recuerda?» solo para antes haberse preguntado si también no sucederá que el amor nos engaña. ¿Qué vamos a saber nosotros sobre el concepto del amor si solo hablamos desde nuestra experiencia y no tenemos tantos conceptos o palabras para el mismo? Ya hemos escuchado decir que todo ángel es terrible, ahora toca decir que todo documental es hermoso. Ahora, también, la última prueba que tengo de que soy hijo de Adrián es que encontré la fórmula para que todos me oigan (legada por el científico a su ex amante y ex colega), y seguramente todos me están escuchando, mientras tienen a su alrededor

todo ese color negro. Pero no se preocupen, solo es una vez y no vuelven a saber de mí. Si les llega a preocupar qué pasó con el elegido, me haré cargo de su última voluntad, y la compañía funeraria de occidente, ERGO MORTIS S. A. de R. L., delegación central de América, área 77 aparecerá en el documental, y no solo ella, sino toda la industria con toda su rabia monetaria por ver adornados a «los Cristos del alma», como también dijo otro poeta. Y como mensaje hacia la nueva juventud del futuro, posiblemente no humanos, me resta decir que sean más creativos para interpretar su odio, si, por ejemplo, yo acabara diciendo que todo este tiempo me gustaba el “elegido” y que por eso lo seguí desde el principio, ¿sonaría ridículo? Yo sé que sí, por eso sé que no es verdad, también tengo límites para mi lógica, pero he de terminar, en bien de la originalidad, estando encima de él, los dos sin vida, ahora que ya terminé de editar, pero no sin antes haber dejado una nota sobre nuestra dirección en algún departamento de trabajo íntegro, y pedirles que nos maquillen con mis estrictas reglas y nos exhiban en la plaza pública con la leyenda «Nosotros sí llegamos a entender el concepto del amor, de la oscuridad y de la muerte». Si después de todo esto no gano mi lugar en la historia del arte del futuro, lo haré al menos en el de la muerte o en el del maquillaje. Lo que no se olvide primero.